



Seix Barral

Angélica Gorodischer

La noche del inocente

Conseja moralizante para uso de pecadores

Prólogo de Marina Closs





Seix Barral

Angélica Gorodischer

La noche del inocente

Conseja moralizante para uso
de pecadores

Prólogo de Marina Closs

I

DOLOR DE TRIPAS

En el mundo hay cosas que mueren y cosas que no mueren. Entre las que mueren están: las escobas. Las escobas mueren grises, desmelenadas, atrocemente rabiosas, maldiciendo al que las maneja mientras rrrass-rrráss pasan sobre las losas de ida y de vuelta rrrass-rrráss dejándolas limpias o por lo menos un poco menos sucias de lo que estaban. También los dolores de tripas: si uno se queda quieto en la oscuridad acostado orando al Señor y a Sus santos aunque esté mal orar acostado, que orar es algo que se tiene que hacer de rodillas, sobre todo cuando se es el más humilde de los servidores entre los servidores que todos lo somos del Altísimo, entonces los dolores de tripas mueren solos y en silencio; no con la rapidez que uno querría, es cierto, pero mueren, de a poco, apareciendo y desapareciendo y apareciendo otra vez y volviendo a desaparecer hasta que no están más y las tripas por fin descansan y uno se duerme con una sonrisa de alivio en las comisuras de la boca y bajo los párpados. Él ha visto que los moribundos oran también acostados, pero claro que él no es un moribundo y no tiene en las noches de penuria más excusa que un simple dolor de tripas. Que

termina por morir porque todos los dolores terminan por morir si uno consigue pensar en otra cosa, en el campo mojado al primer soplo de la madrugada, en caballos que vienen galopando desde las laderas blancas, en las estrellas que son las lágrimas de los ángeles, en el viento de las montañas, en la infinita maravillosa Creación que es la obra de Sus manos y de Su omnipotencia. También los animales mueren pero los animales no tienen alma así que no es importante: son como cosas, dice el hermano Rennert y él asiente porque el hermano Rennert es tan pero tan sabio que uno no puede sino asentir cada vez que dice algo. Aunque si ha de ser sincero consigo mismo y con el Señor que ve en su alma como en un cristal, él no está del todo de acuerdo con eso de que los animales son como cosas sin alma, pero quién es él para oponerse a lo que alguien dice, sobre todo cuando ese alguien es el hermano Rennert que sabe tanto acerca de tantísimas cosas. Solo que de vez en cuando, de refilón en su cabeza y casi sin que él se dé cuenta, aparece la visión de un paraíso sembrado de los mejores quesos del mundo para los ratones; un edén lleno de huesos rodeados de carne fresca para los perros; un cielo de bienaventuranza ocupado en todos los rincones por platos de crema, pescado, hígado de ternera y ovillos de hilo junto a mullidos almohadones para los gatos. Tal vez eso sea una blasfemia, pero es tan fugaz, tan frágil que casi no existe. Y muere ¡ay! la concupiscencia; o por lo menos debería morir tal como a él le han dicho una y otra vez que muere siempre que uno la ayude fuertemente, con decisión y valentía. Él no ha conseguido matarla, y si no está muerta ha de ser seguro por su culpa, solo por su culpa, por su gravísima culpa; y

eso lo hace sentirse más pequeño, más oscuro, más fuera de lugar en un mundo que pertenece a los virtuosos, a los santos, a los sabios.

Las cosas que no mueren son las cosas sagradas, las que lucen como alhajas a los ojos del Señor y despiertan Su benevolencia tan infinita, tanto que hasta a él lo cobija como un manto. Están allí las virtudes, las penitencias, las buenas obras, los pensamientos puros, la devoción, las oraciones, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida perdurable, amén. Y el Convento. El Convento no muere, no podría morir, jamás podría, cómo podría si es pilar y cobijo de la fe. Antes vacilarán y caerán las columnas que sostienen al mundo girando del día a la noche y de la noche al día sin peso sobre el lomo de inmensos animales grises sin nombre que tienen plumas irisadas en los cogotes y picos en las trompas y garras en los pies y ciento once ojos a cada lado de la cabeza, que los portales, las vigas, los altares, las losas que él barre, los fogones que él alimenta, las hornacinas ante las que él se arrodilla, las puertas que él abre y cierra, las campanas tan altas, los estrados desde los que se lee y se predica, los fosos, las cocinas y las mazmorras del Convento.

A veces rrrrass-rrráss crrriss-crrriss flusss-flusss, se pregunta si el mundo seguirá existiendo, si el Convento no será ya lo que era en otro tiempo el mundo, si no habrá ido creciendo desde que él entró por el gran arco abierto hacia el norte veinte años atrás, veinte años, ¡veinte años!, hasta adueñarse de todo el espacio que alguna vez existió, sin dejar un lugarcito para otra estrella, lágrima de ángeles; otro cometa, suspiro de querubines; otro volcán, voz del Maligno; otra pobre casa del hambre y la enfermedad

en la que hay que matar la última cabra para poder comer hoy y mañana, y ya después quién sabe. Avienta rápido como el relámpago de la cólera esos pensamientos que se acercan peligrosamente al pecado, a la falta de fe, al resentimiento, los demonios de puente de la nariz liso como de barro que acechan esperando allí afuera a que su alma se deslice hacia ellos. El Convento es todo lo que existe por lo que a él respecta, todo lo que debe importarle, lo único en lo que él tiene que pensar, se dice, y sigue barriendo, Sant Gaur lo proteja.

Es pequeño y moreno: casi podría pasar por entre los barrotes de las ventanas, de tarde, hacia el naciente, sin que nadie lo adivinara. La miseria no lo dejó crecer, los ayunos lo pusieron así, enteco y sin carnadura, manos y pies largos y finos, muñecas y tobillos casi al quebrarse, cuello al que le sobran todas las escotaduras una vez que consiguen pasar la cabeza coronada de un casco de pelo casi azulado de tan negro cayendo para esconder esa frente alta a la que podría llamarse noble si no fuera porque está siempre inclinada hacia el suelo. Por eso y las magras espaldas combadas y el cuello delgado metido entre los hombros y el paso leve y las manos siempre ocupadas es que no se le ven los ojos que si se le vieran quién no retrocedería, aborto y aun espantado, quién no pensaría en diamantes entre el estiércol, los dientes blancos en el hocico sarnoso, la belleza en el pantano, el sol naciendo otra vez el día de los muertos, la luz que brilló en la frente de los ángeles malditos que caían al abismo. Pero no levanta los ojos de la tierra al cielo, jamás: no recuerda haberlo hecho, ni cuando era un niño en el hogar de la montaña ni desde que entró

en el Convento. Como casi no recuerda cuándo fue la última vez que preguntó cuándo:

—¿Cuándo?! —tronó el Superior.

El Superior es tan gordo como Pisou es flaco y lleva su gordura con orgullo, trofeo, emblema de su vida, sus gustos, sus costumbres y, sobre todo, su mando y su poder. Ni el Miel, glotón como es, siempre rondando las cocinas, siempre metiendo los dedos hábiles en los frascos y las marmitas y las asaderas, siempre una aureola brillante de grasa o de dulce o de las dos cosas alrededor de la boca, ni el Miel podía comparársele en apostura y gordura. Claro que el Miel venía de familia de artesanos iletrados, delantal de cuero, taller en el sótano, tienda en la planta baja, habitaciones de la familia en el primer piso y de los aprendices y los sirvientes en el último; ahorro, cazo de madera, hosquedad y vergüenza, y en cambio el Superior era noble y venía de palacios de mármol y oro; era un erudito aunque no tanto como el hermano Rennert, entendía de vinos añejos y platos exquisitos, y sabía mandar sin avergonzarse.

Han pasado los meses y los años y Pisou se ha vuelto cauto y ya no pregunta.

—¿Cuándo?! —había rugido el Superior—. Pero ¿cómo te has atrevido a preguntarlo?

Se había atrevido porque estaba desesperado: los dolores de tripas, los sueños malos, las mil caras de la concupiscencia que se le aparecían a toda hora, de noche y de día, cuando lavaba las ollas, cuando rasqueteaba los pisos, cuando fregaba las letrinas, cuando se lastimaba los dedos sobando las tiras de cuero basto desechado por curtidores y talabarteros con las que se harían cierres de cofres y de

postigos, cuando hacía penitencia, sobre todo cuando hacía penitencia, como una burla. Todo eso pasaría cuando se tonsurara y se ordenara, lo sabía, estaba seguro. Sería otro, más limpio, más sano, más bueno, más contento. ¿Cuándo, cuándo sería fraile de verdad? ¿Cuándo sería tonsurado? ¿Cuándo dejaría de ser el último capigorrón del Convento de Sant Gaur? ¿Cuándo podría enderezar la espalda, no mucho, aunque fuera un poco, apenas?

Ventrudo, escrofuloso, ralo de pelos y abundosa la exagerada carne de uñas y verrugas, el Superior del Convento de Sant Gaur lo había mirado desde sus casi dos metros de estatura y le había ordenado aumentar las tareas y disminuir las horas de sueño. A Pisou no le importaba: mientras no fuera ordenado estaría destinado al trabajo duro como otros están destinados al estudio o a la santidad. Sabía que trabajar era su forma de agradecer al Señor; que si el hermano Rennert tenía el don de encontrar tesoros para el convento, viejísimos manuscritos, rollos iluminados, reliquias, piedras brillantes sembradas de polvo de oro que hubieran pagado el rescate de un rey, aparatos misteriosos que se movían solos, en los recovecos más inesperados, y si el Superior había recibido del Cielo el mandato de organizar y dirigir el Convento, y si el Miel sabía comprar lo mejor a los mejores precios para las cocinas y las mesas, y si el hermano Jospill podía recordar largas listas de números con solo haberlas visto una vez, él estaba destinado a esto, a trabajar más que los frailes y que los otros legos, más que nadie, y a dormir menos que los demás. No se quejaba.

Y porque no se quejaba fue tal vez que en ese momento de prueba, cuando el Superior con voz tonante le

enumeraba sus nuevos deberes, el Señor Todopoderoso echó una mirada hacia el Convento de Sant Gaur en el que había ese curioso vacío de lamentaciones y quejas y lacrimosos pedidos y regodeo en la compasión, y decidió que las cosas no podían seguir así. Fue por eso que en el cielo de primavera hubo un rielar de aguas y las olas en los mares se aquietaron como plata pulida en el cielo. En las ciudades y en los pueblos las calles se agitaron como espejos y los espejos se abrieron para que las niñas de ojos grandes y rizos como de oro pasaran por sus huecos hacia el otro lado de las cosas. Las escaleras fueron toboganes, el fuego se congeló en nieve, la nieve calentó los pies de los cazadores de osos, de los balcones cayeron cascadas de esmeraldas, a los decapitados les creció una cabeza nueva, los amantes descubrieron que tenían para los dos una sola boca, un solo corazón, un solo ojo, un solo vientre que se volvía sobre sí mismo, una sola felicidad, un solo llanto y por fin un solo deseo. El vino corrió por los cauces de los ríos, las leonas amamantaron a los cabritos, los olmos dieron peras nueces melones zanahorias piñas bayetas y alcancías; los gatos hablaron, a las serpientes les crecieron alas de tul, los abanicos dieron calor, se incendió el aliento de los recién nacidos, el mar se agotó en los dedales de plata, de las bocas de las trompetas brotaron caldos y quesos, los tesoros de los piratas se fundieron bajo la arena y las arañas corrieron por los cementerios despertando a los muertos con el redoble de sus ocho mil millones de patas. Nadie se dio cuenta de nada porque el tiempo del Señor no es el tiempo de las pobres gentes y ni siquiera el de los ricos que yacen en camas de plumón y comen frutas confitadas en los salones de sus castillos mientras escuálidos

maestritos les leen capítulos y capítulos de obras edificantes que les entran por una oreja y les salen por la otra sin haber podido ni acercarse a sus grasientos cerebros, no digamos a sus corazones podridos. Nadie se dio cuenta pero en la puerta de Sant Gaur hubo como un temblor de anticipación y los ratones en los zócalos cercanos pararon las orejas y atiesaron las colas y los pelos se les erizaron en los lomos delicados y creyeron por un momento que los gatos andaban rondando las galerías.

Pisou tampoco se dio cuenta de nada aunque le pareció, solo le pareció, que el color del mundo había cambiado, y volvió a sus tareas crrriss-rrrass-flusss y barrió y refregó y limpió y lustró todo el día, una oración en los labios, la tristeza como un bordado en el manto de la benevolencia del Señor, y esa noche el dolor volvió a atenazarle las tripas y gimió al despertarse en la oscuridad. Oyó la respiración de las piedras que son el cuerpo del Convento, oyó a los ratones roer en los rincones de las despensas, pensó en el campo mojado en la madrugada y volvió a dormirse y entonces los sueños se le metieron por las orejas y por las narices y soplaron nubes pesadas de lluvia y de frío que le subieron a la cabeza con pasos silenciosos como de algodón.